

CATEQUESIS 7

EL ATRIO

Las proximidades al templo cristiano constituyen un espacio arquitectónico que contribuyen a una preparación psicológica de quienes desean acceder a él. En esa dinámica se produce una ruptura espacial y a la vez humana entre dos realidades: fuera y dentro; el atrio es uno de esos elementos que propician este acercamiento. Conozcamos un poco de este lugar.

El pueblo de Israel tenía la necesidad de generar una identidad, en busca de esta identidad se crea un “proto-atrio” (Ex 27, 9-19), esta estructura ya está al servicio de la presencia de Dios, el ara de la alianza. Es necesario que este atrio tenga características muy puntuales que incluyen los materiales, la forma de su estructura y su espacio. Este recinto al servicio de Dios es de forma cuadrangular que posteriormente sentaría las bases para el atrio del templo de Jerusalén.

Los inicios de la iglesia católica, aunque son apostólicos, tienen que ver mucho con la cultura romana, el atrio es signo de ello, los romanos lo llamaban “atrium”, el cual es un jardín antes de la casa, era utilizado como una hoguera para calentarse, punto de encuentro o para pasar el tiempo. Las habitaciones patricias de la época del imperio romano tenían dos cuerpos principales: el atrio y el peristilio, el atrio era de estructura rectangular y contiguo a la calle, fue reservado para los catecúmenos y los penitentes durante la misa.

El atrio comienza a ser una distinción física de mundo e iglesia, es una mistagogía sencilla de entender, porque se ve una estructura y material diferente al de las calles (es una frontera entre el mundo y el encuentro con Dios). Numerosas iglesias cuentan con un atrio en su entrada, a pesar de que su diseño y usos varían considerablemente a los de la era romana. Frecuentemente se utilizaba como lugar de sepultura. Por lo general, se señala con columnas y en ocasiones con cadenas, estableciendo los confines del recinto sagrado. Anteriormente desempeñaba el papel de definir la jurisdicción del poder eclesiástico, e incluso se concedía la posibilidad de "acogerse a lo sagrado" a aquellos perseguidos por la justicia ordinaria.

Cuando algún no-cristiano se interesaba por conocer el cristianismo y se acercaba al catecumenado de iniciación cristiana que terminaría en el bautismo, el atrio se convertía en símbolo de la entrada en la Iglesia. San Agustín, refiriéndose a los catecúmenos que se preparaban para el bautismo, decía que los que están en el atrio de algún modo ya pertenecen a la Iglesia, porque antes del bautismo su corazón es del Señor. Igualmente, cuando un bautizado se apartaba de la comunidad cristiana, se salía al atrio o se quedaba en el atrio sin entrar con la comunidad, signo de un camino de abandono de la fe.

El atrio en la actualidad se puede decir que ha perdido su fuerza o significado, hoy se entiende como parte exterior del templo o simplemente como una parte más de las calles de la ciudad, esta forma de entender en sentido del atrio nunca fue así:

Las primeras iglesias católicas empezaron a tener este atrium con pequeñas variantes, por ejemplo, se colocaba una fuente en el centro para purificarse antes de las celebraciones litúrgicas.

El atrio cuenta con una función específica a nivel antropológico, ya que es el lugar donde se van congregando los fieles provenientes de distintos lugares, diseminados por las tareas y afanes de la vida. Es pues, un entorno de encuentro y diálogo antes y después de la celebración, para tornar a nuestros ambientes animados por el encuentro con Dios. Otra connotación que tiene este espacio es de tipo religioso, ya que cumple con una función múltiple de reunir, acoger, convocar, unir. A nivel cristiano, se convierte en casa paterna donde el bautizado es esperado; es espacio de transición entre lo profano y lo sagrado, entendiendo que es en lo profano de la historia donde Dios hace su alianza y manifiesta su presencia y obrar.

El atrio es un espacio, unas veces descubierto, otras cubierto, rodeado de un pórtico, donde se reúne informalmente la comunidad cristiana antes o después de las celebraciones litúrgicas, facilitando así un contacto más personal y humano con los hermanos en la fe; de esta forma expresa que la celebración litúrgica no es algo aislado de la vida diaria de la comunidad, sino que la precede y continúa antes y después, siendo así algo llevado a la calle, la escuela, hogar, trabajo, etc. El atrio tiene la función hondamente humana de crear vínculos entre los miembros de la comunidad cristiana, conociéndose por sus nombres, creando un cálido clima de fraternidad.

Este espacio evoca la alegría del encuentro, así como también evoca en el fiel la anticipación de lo que viene; este umbral por su belleza y acogida manifiesta que algo especial se encuentra al otro lado.